

IMAGENS DA UTOPIA MEDIEVAL NA CONSTRUÇÃO DO IMAGINÁRIO AMERICANO

IMAGES OF MEDIEVAL UTOPIA IN THE CONSTRUCTION OF AMERICAN IMAGERY

Juan Pablo Martín *RODRIGUES*¹

Resumo: Embora exista um número razoável de estudos sobre o Imaginário Americano e a importância da Utopia Medieval na sua construção, talvez não tenha se insistido o suficiente na categorização destas utopias como simultânea causa motora, justificativa e consolidação da conquista e povoamento de América. Será muito esclarecedora a classificação que Hilário Franco Junior apresenta nas suas *Utopias medievais* (1992) “utopia da abundância – a Cocanha, a utopia de Justiça - o Milênio, a utopia do sexo - a androginia e a utopia matriz - o paraíso” e que pode ser preenchida com as variadas utopias americanas que perseguiram os aventureiros europeus, desde o país de Jauja até Eldorado, desde a Cidade dos Césares até os domínios das andróginas (e cativantes) Amazonas. Ditos mitemas configuram o que Fernando Aínsa (1993) definiria como o pre-utópico que constitui as “linhas de força afetivas e intelectuais que conotam e anunciam a semântica e sintaxe do imaginário utópico ulterior”. O desenvolvimento de tais mitemas não se limita aos relatos orais ou escritos, mas se desenvolve decididamente através das imagens cartográficas que desempenham um papel inter-semiótico definitivo na constituição dessas utopias, no que Alfredo Cordiviola (2005) definirá como a “promessa das torres distantes: geografia e felicidade” “Uma imagem sempre manifesta um desejo, mas um desejo complicado pela memória”. Conclui-se que “o exercício da imaginação é também uma atividade fundamentalmente política” (DIDI HUBERMAN, 2017, p. 1).

Palavras chave: Utopias Medievais. Pré-utopia. Imaginário Americano.

Resumen: Aunque hay número razonable de estudios sobre el Imaginario Americano y la importancia de la Utopía Medieval en su construcción, quizás no se haya insistido lo suficiente en la categorización de estas utopías como simultánea causa motora, justificativa y consolidación de la conquista y población de América. Será muy clarificadora la clasificación que Hilário Franco Junior presenta en sus *Utopías Medievais* (1992) “utopía de la abundancia – Cucaña, utopía de la Justicia – el Milenio, utopía del sexo – la androginia y la utopía matriz – el Paraíso y que puede ser colmada con las variadas utopías americanas que perseguían los aventureros europeos, desde el país de Jauja hasta Eldorado, desde la Ciudad de los Césares hasta los dominios de las andróginas (y cautivadoras) Amazonas. Dichos mitemas configuran lo que Fernando Aínsa (1993) definiría como lo pre-utópico que constituye las “líneas de fuerza afectivas e intelectuales que connotan y anuncian la semántica y sintaxis del imaginario utópico ulterior”. El desarrollo de tales mitemas no se limita a los relatos orales o escritos, sino que se expande a través de las imágenes cartográficas que asumen un rol inter-semiótico, definitivo en la constitución de estas utopías, en lo que Alfredo Cordiviola (2005) definirá como la “promesa de las torres distantes: geografía y felicidad”. Una imagen siempre manifiesta un deseo, pero un deseo complicado por la memoria. “Se concluye que el “ejercicio de la imaginación es también una actividad fundamentalmente política” (DIDI HUBERMAN, 2017, p. 1).

Palabras clave: Utopías Medievales. Pre-utopía. Imaginario Americano.

¹ Professor Doutor da Universidade Federal de Pernambuco, na área de ensino de língua e literaturas de língua espanhola.

“Recordar e imaginar. Enquanto o mito relembra a perda do Paraíso, a utopia buscava sua recuperação” (FRANCO JR., 1992, p. 144).

Nunca se insistirá lo suficiente en recuperar un estudio del medievo europeo depurado finalmente de la intencionada calificación como Edad de las Tinieblas a todo un periodo que abarca nada menos que diez siglos. Dicha maniobra se encuadra dentro de una estrategia dialéctica en la instauración de un *epoch marking* iniciático de la Edad Moderna, que se encontraría entre la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 y el “Descubrimiento” de América en 1492, como superación de la no razón medieval y momento epifánico de la Modernidad/ Racionalidad. Dicho marco temporal asumirá una importancia epistémica fundamental auto-confiriendo-se así Europa Occidental el papel de centro del Sistema Mundo como sede originaria de la Modernidad/ Colonialidad y por ende generador privilegiado del conocimiento *ex novo*, en contradicción dialéctica con la irracionalidad de lo no europeo, que simultáneamente se alinea a lo medieval en su supuesto desfase temporal/ atraso.

Imposible comprender el tránsito de una Europa aislada, y por tanto empobrecida e inculta a una Europa dominadora y racional tal y como se explica a los niños y jóvenes en las escuelas: como por arte de ensalmo, más propio del Libro de las Profecías de Colón o de la Historia del Nuevo Mundo de Las Casas en que se define este “Descubrimiento” como misión providencial y milagroso cambio: Uno no se acuesta medieval preso a las más diversas supercherías y se despierta moderno, empírico y racional la mañana del 12 de octubre de 1492, aunque de la lectura de Las Casas se pueda uno convencer de lo contrario.

Y sin embargo, ¿cómo entender y justificar el riesgo de las cuantiosas inversiones en las empresas marítimas que representaba armar una flota, en un contexto de una Europa miserable, carente por su feudalismo de un mínimo comercio ni de instrumentos de pago mercantiles o de metales preciosos, ni de economías de escala significativas (que no fueran las imprentas de libros de aventuras)? ¿Cómo explicar asumir un peligro para la vida humana en adentrarse en mares desconocidos y territorios hostiles portadores de culturas incomprensibles?

Antes de acudir a nuestros utopistas antiguos y contemporáneos, se podría echar mano precisamente de uno de los mayores maestros materialistas que hayan venido a conocer los tiempos: Juan Ginés de Sepúlveda, autor de “*Demócrates Alter o De las Justas Causas de la Guerra contra los Indios*”. Polemista incansable de Erasmo y su escuela, entre la que está el autor de Utopía, Tomás Moro, el humanista Sepúlveda también intenta derribar las tesis de Las Casas y su proyecto Fundador de Vera Cruz con sus pueblos modélicos de agricultores en pleno mestizaje cultural. Para esto, el cordobés Sepúlveda antepone razón de Estado y religión como

elemento instrumental del mismo. Doctor en Letras y Teología, formado en la escuela de Bolonia bajo orientación del médico Pietro Pomponazzi, autor de la controvertida “*De immortalitate ánima*” donde paradójicamente se acogen tesis materialistas de Alejandro de Afrodisias sobre la caducidad del alma. Como Pomponazzi o Maquiavelo, Sepúlveda sigue fielmente la Física de Aristóteles y así niega cualquier milagro divino posterior a la propia llegada de Cristo, en el transcurso de la historia del mundo sub-lunar.

¿Cómo piensa este cordobés en las reales motivaciones que impulsaron a los hombres a esgrimir la Cruz y la Espada, o la siguieron, obedientes, en la exploración, conquista y población de América? La filosofía del maestro Pomponazzi establecerá las bases que más tarde permitan configurar a Sepúlveda una escala de valores, integrada de forma orgánica, que apalanque la “*Ius Belli Apud Indos*” en su sistema de Justificación de la Conquista.

En efecto, la mayor parte de los hombres, si hacen el bien, o hacen más por miedo del castigo eterno que por la esperanza de un bien eterno, pues los castigos nos resultan más conocidos que esos bienes eternos. Y como este último recurso puede beneficiar a todos, con independencia de su grado y condición, el legislador – teniendo en cuenta la inclinación de los hombres al mal y atendiendo al bien común – estableció que el alma es inmortal, *no preocupándose por la verdad, sino tan sólo de la probidad*, con el fin de inducir a los hombres a la virtud. No por eso hay que censurar al político, puesto que de la misma manera que el médico *finje* muchas cosas para restablecer la salud del enfermo, también el político *forja fábulas* para corregir a los ciudadanos. Ahora bien, en estas fábulas, como dice Averroes en el prólogo a Física, III, *no hay propiamente verdad o falsedad* (PIETRO POMPONAZZI, *De Incantationibus*, cap. XIV, apud GRANADA, 1988: 212, subrayado nuestro).

Se genera de esta forma una escala de valores motivacional de Pomponazzi, que pudiera describirse en este cuadro, obviamente con profundas raíces aristotélicas:

ESTAMENTO (por méritos éticos)	CASTIGO	PREMIO
A) Optimates : pocos sabios.	Mal es penoso en sí.	Virtú en sí.
B) Segundos : algunos.	Vituperio, infamia, deshonra.	Loas, honores.
C) Plebe :	Temor al castigo corporal.	Oro, dignidades.
D) Mayoría de perversos (potencialmente TODOS).	Temor al castigo eterno, que provoca Terror.	Bien eterno.
E) Bárbaros/Bestias : Exclusión.	No temen a Dios.	Oro sin valor de cambio.

Nótese que los bárbaros para Pomponazzi coinciden de forma sorprendente con los optimates en su ausencia de elementos materiales en su conjunto de motivaciones, aunque precisamente la tenencia o ausencia de valores religiosos constituirá la diferencia dramática entre los pocos mejores de la cumbre de la escala, y los bárbaros, bestias a las que se aplica la exclusión total. A partir del sabio de Bolonia, su discípulo y más italiano de los pensadores hispanos, Sepúlveda, va a configurar una escala de valores ya moderna, en un equilibrio social

de vicios y virtudes donde se esculpen las verdaderas motivaciones de la Conquista, descritas ya sin pudores en su desnudo aristotelismo más alejandrino:

Clase	Vicios	Virtudes
REY	Pusilanimidad.	Magnanimidad Suma.
Aristocracia guerrera: Gobernantes.	Cobardía/ Codicia.	Fortaleza/ Magnanimidad Relativa.
Ciudadanos: Soldados.	Menos eficientes/Esperan recompensa/ Osados.	Valor/ lealtad/ honradez/ temerosos de los magistrados.
Mercenarios.	Cobardía/ Deslealtad/ Codicia del botín.	Más eficientes/ experimentados/ parecen fuertes.

Será esta clasificación, convenientemente modificada por Sepúlveda años después en la “*expositio*” de motivos bélicos que componen la arenga de Cortés, dirigida a sus maltrechas huestes, como se lee en su Historia de la Conquista de Nuevo Mundo: Ante la apremiante necesidad de luchar para sobrevivir tras la trágica masacre sufrida en la Noche Triste, será no ya apenas la virtud ni tan solo la fama renacentista, las que impulsen a la lucha a los soldados ciudadanos sino, en un auténtico giro copernicano, la obtención del oro la que no apenas corone las hazañas que perpetúen la memoria heroica, sino la ascensión de la nueva clase de los ciudadanos a una distribución social de papeles que impulse y retroalimente la Conquista y poder real.

Después me imagino las *recompensas* que se nos ofrecen en caso de victoria. Que hay muchas razones para hacer guerras. Unos luchan por los altares y el hogar en defensa de sí mismos y sus posesiones, protegiendo mediante la guerra necesaria la vida y la libertad; otros guerrear por el poder y la *gloria*, contentándose a menudo con la *alabanza* de apoderarse de una sola ciudad y su comarca después de vencer al enemigo; hay quienes se mueven especialmente por el botín y piensan que los despojos de la toma de una ciudad un poco más rica y la devastación de su comarca representan un gran premio para los esfuerzos y peligros arrojados. A nosotros nos animan y empujan a sostener con *valentía* y *perseverancia* esta guerra emprendida no una de las razones citadas, sino todas a la vez, dado que la situación ha llegado a tal punto que hemos de vencer o morir o convertirnos sin duda en esclavos de manera *vergonzosa*. Y es que no hay posibilidad de retirada segura, teniendo en cuenta que las naves fueron hundidas o destruidas por mí, precisamente para que no hubiera ocasión de pensar en la huida; (...) Pues la *gloria* atrae de manera especial a los españoles. Los peligros que a otros debilitan, a ellos infunden *valor* y los hacen más *valientes* para arrostrar una empresa con *bravura*; y ello es tan natural que soportan con serenidad antes una muerte *honrosa* en la guerra que la *vergüenza* o incluso la sospecha de cobardía. Nuestra *memoria* y la de nuestros padres – por no recordar los ejemplos antiguos que la *fama* ha difundido por todo el mundo – han dejado muchos y muy preclaros *testimonios* de esta tradicional manera de ser (SEPÚLVEDA, 1996: 132-133, subrayados nuestros).

Es dentro de esta economía simbólica donde nos gustaría articular a las imágenes de la utopía medieval como motoras y justificadoras de la empresa de la Conquista, plenamente

modernas en su ejecución, pero decididamente pre-coloniales en su origen e impulso imagético, dentro de las cuales se pueden situar no apenas la utopía de Eldorado o Cucaña, como metas de un nuevo Becerro de Oro (esta vez con una existencia tan material como los 5000 toneladas de oro que fueron llevadas a Europa hasta 1660), sino prácticamente todas las utopías pre-modernas, en lo que constituirá toda una batería de refuerzos o motivaciones positivas para el fin de la Conquista, sin duda mucho más eficaces y duraderas en el tiempo, que los refuerzos negativos representados en la escala de Pomponazzi por las llamas del infierno o los castigos corporales.

Utopía no es otra cosa que una isla a la que había llegado un aventurero navegante portugués en medio del Atlántico y cuyas características comenta al transcriptor que Tomás Moro dice seguir en su obra. Se inicia pues con un viaje y narrativa de un periplo de un desconocido, que sirve como disculpa para comentar sobre otras realidades que están en este mundo pero no son de este lugar (u-topoi), lo que se aprovecha para mostrar como pudiera o debiera ser el lugar propio, en el que se habita, por comparación, siguiendo el modelo de Platón en la República. El grupo erasmista que integraba Moro, no buscaba sino depurar la sociedad e Iglesia del materialismo reinante, en las antípodas del pensamiento que representaba Sepúlveda, pero como intentamos demostrar, colaborando inconscientemente a su causa conquistadora y pobladora.

No es difícil imaginar el efecto de tales relatos de viaje en las mentes de europeos, ansiosos por aventuras y riquezas cuando humildes, soñadores de mundos igualitarios ideales cuando insatisfechos humanistas erasmistas, género de relatos que por otra parte generaba sucesivos éxitos editoriales en la ya entonces consolidada industria internacional del libro. No cabe duda de la preeminencia del refuerzo positivo que constituían las riquezas y aventuras que prometían los nuevos paraísos en la tierra, frente a la menos eficaz amenaza negativa de la reducción de penas que disfrutaron los primeros tripulantes de las carabelas sevillanas, que amenazaban con constantes motines para forzar su regreso al mundo conocido. Así, y quizás sin quererlo, el constructo narrativo de la literatura de viajes, suelo abonado de las persistentes utopías, sería principio motor de la exploración, conquista y colonización americana.

La utopía se hace necesaria a partir de la confrontación entre el repertorio de presentimientos sobre “otros mundos” y “países legendarios” de larga tradición literaria – donde superviven los topoi del espacio feliz como el Paraíso, Jauja, Arcadia o el tiempo de los orígenes de la Edad de Oro – y el encuentro efectivo del *otro* americano. AÍNSA (1993, p. 87).

A la necesaria dimensión espacial del no-lugar o mejor, del “otro” lugar, se le añade una articulación temporal que integra de así toda una tradición imaginaria que informaba los pueblos europeos, en toda su dimensión afectiva e intelectual, la presente comprensión de las descripciones naturales de animales y seres humanos literalmente definidos como antípodas, y la exigencia del ser humano de contemplar un futuro deseable, lejos de las distopías reinantes en el belicoso Imperio de Carlos de Gante, en pos de mejoras en la igualdad y libertad humanas, que las utopías prometían. Fernando Aínsa (1993) ha sabido configurar bien este elemento temporal en su clasificación cuatripartita, en lo que podría denominar bases de la genealogía del discurso utópico:

1. Pre-utopía: transposición al Nuevo Mundo de los mitos donde se insertan las líneas de fuerza afectivas e intelectuales que prenuncian el imaginario utópico ulterior;
2. Descripción de las costumbres, idiomas y rituales indígenas que permite la definición de la alteridad como imprescindible a toda Utopía;
3. Sueños milenaristas como proyección teocrática y utópica de una nueva sociedad;
4. Sueño de reforma social de mejora social y colectiva de los indígenas en proyectos utópicos.(AÍNSA, 1993, p. 88-9).

Sería interminable la enumeración exhaustiva de todas las utopías nuevas o antiguas que se relatan en el Nuevo Mundo. Nos pareció adecuado dejar un breve catálogo tipológico siguiendo la línea de Hilário Franco Junior (1992), que facilita bastante una comprensión teleológica de esta miríada utópica medieval, pero que se puede seguir como hilo conductor de las crónicas y relatos de viajes coloniales, cuya espina dorsal serán los mitemas utópicos por Hilario clasificados. Serían cuatro tipos fundamentales, que precisamente se corresponderían a los deseos y carencias de la población europea de la época: utopía de la Abundancia (Cucaña), utopía de la Justicia (el Milenio), utopía del Sexo (la Androginia) y utopía Matriz: el Paraíso.

Siguiendo el orden, en nada aleatorio, que propone Franco Junior, sitúa este en primer lugar el entramado utópico de la Abundancia, que ejemplifica él en Cucaña, pero que preferimos simbolizar por medio de El Dorado, que a la postre será el mito de mitos en la Conquista de América. Coincidimos en esto con Alfredo Cordiviola (2005) en su visión del mito de El Dorado como mito matriz o generador, crucial e inicial en la Conquista:

El Dorado é um mito de mitos, um mito que, ao cobrar formas em um espaço e um tempo determinados, concentra pela sua força centrípeta toda uma miríade de ilusões e desejos, e impõe a necessidade de promover ações, decisões, rumos. Nesse sentido *é um mito performativo, se assim podemos dizer, pois antes de tudo obriga a fazer, a tomar decisões, a postular as medidas do cálculo, a sair*. Na lenta, trabalhosa e impossível busca do El Dorado convivem os mapas de geografia fantástica e a detalhada, pontual descrição cartográfica do terreno. Á medida que a expedição avança, multiplicam-se com ela também a intuição e o desespero, a promessa e o fracasso, o dado certo e o calculado engano, a prova irrefutável e a miragem. (CORDIVIOLA, 2005, p. 86, sublinhado nosso).

Derivado de la intensa hambre y miseria que reinaban en Europa, el mito de El Dorado parece responder a una lógica compensatoria sencilla de entender. Sorprendente e iluminador, es el carácter germinal que adquiere este mito, en lo que coincidimos con Aínsa:

En vez de desmentirse en la confrontación con la realidad del Nuevo Mundo, los mitos y leyendas del pasado sobre “otros mundos posibles” se actualizan. Así, la Edad de Oro que se creía definitivamente perdida *illo tempore* reaparece en el nuevo espacio gracias a su aislamiento e incomunicación, lejos de la degradación de la historia en la Edad de Hierro que imperaba en Europa. Los espacios imaginarios del Paraíso terrestre y del país de Cucaña se reconocen en la abundancia, en el clima y en la vida apacible del Nuevo Mundo. El mito, en vez de desaparecer sumergido en la realidad del territorio conquistado, renace, crece y se transforma. A veces cambia de escenario y se hace ubicuo (El Dorado, las Amazonas, la fuente de Juvencia), otras, simplemente es releído (AÍNSA, 1992, p. 45).

No es de extrañar que como primera justificativa y motor nos encontremos con el mito de El Dorado, que une a las principales escuelas de pensamiento del campo imperial de la época, materialistas y erasmistas. Los primeros, de matriz italiana, que veían América como fuente inagotable de recursos y gran baza en la financiación de la Cruzada Definitiva de recuperación de los santos lugares en Palestina (tanto Sepúlveda en su *Cohortatio ad Carolum V* como Colón en su *Libro de las Profecías* coincidían en esta misión providencial que al mismo tiempo constituía una especie de utopía medieval que sobrevive en el tiempo). Los erasmistas y las masas desposeídas, coincidían en su visión más utópica que les haría ver como su “río Jordán” al traspuerto El Dorado.

El mensaje es claro. Cada cual interpreta El Dorado según sus deseos (...). Tampoco es extraño que las empresas se acompañen de fantasiosos decretos, como el que nombra a Pedro de Orsúa “Gobernador y Capitán General de El Dorado” o el bautizo por Gonzalo Fernández de Oviedo de una parte de la tierra firme como la “Castilla del Oro”. En este contexto se ha interpretado como un auténtico pacto “fáustico” el celebrado entre el Rey de España y Antonio Berrio: ser marqués del Nuevo Mundo a cambio de descubrir El Dorado (AÍNSA, 1992, p. 127).

Siguiendo el orden de clasificación de las utopías de Franco Junior, nos encontramos con la utopía de la Justicia: el Milenio. El milenarismo propio de la época medieval encontrará perfecto caldo de cultivo en la expansión americana, fruto de una concepción lineal del tiempo y de la historia, con Génesis, Historia y Apocalipsis. En un Reino humano presidido por la desigualdad e injusticia, el Reino divino constituirá *um período de justiça, paz e fartura, recuperação do Paraíso Terrestre, antecipação do Reino Celeste*” (FRANCO JR., 1992, p. 77-78).

Bajo esta línea de pensamiento, que podríamos osar llamar justicialista, se encajan principalmente los franciscanos, en su misión impregnada por el sentimiento de la fe en grado

sumo, acompañada de integración con la naturaleza, aunque en ocasiones su menor preparación teológica pudiera empujarles a curiosas soluciones, como apunta Centurión:

Dentre alguns membros da ordem franciscana também se prodigou tais ideias messiânicas e providenciais. Se Frei Toribio de Benavente deixou isso registrado em várias ocasiões, esse pensamento fica ainda mais evidente nas palavras de Frei Jerónimo de Mendieta, que não hesita em comparar a Nova Espanha à terra prometida. Nessa esdrúxula e retórica comparação, Fernão Cortés representa o Novo Moisés e o povo mexica é o povo escolhido por Deus (p. 108). O padre franciscano também enxerga na evangelização americana uma possibilidade de fazer oposição á importante perda de fiéis motivada pela Reforma (CENTURIÓN, 2015, p. 130).

Y no se contará en las filas milenaristas apenas a los misioneros franciscanos, sino incluso otros de mayor calado teológico, además de los ya citados erasmistas, muchos de los que constituyen el nervio teológico y filosófico de la Iglesia: los dominicos, desde Giordano Bruno y Savonarola, hasta el propio Bartolomé de las Casas. El propio carácter de la Orden de Predicadores, entre la autoridad que les confiere ser quienes asuman la función de mantener y propagar las verdades teológicas, así como vigilarlas a través del Santo Oficio, fueron decisivos en la expansión de esta utopía en América.

El tercer grupo utópico que señala Franco Jr. será la utopía del sexo: la androginia, que se plasmará entre otros en el mito de las Amazonas. Sabemos que una de las cuatro causas de guerra justa contra los indios alegadas por Sepúlveda en su *Democrates Alter* es el pecado nefando, que se atribuye a la generalidad de los pueblos americanos. Si este orden represivo de la sexualidad afectaba a grandes masas de población o a la minoría de letrados en Europa, no es fácil saberlo, pero que pueda constituir un factor importante y hasta ahora poco valorado en la expansión de este mitema movilizador, no parece desdeñable, y quizás generador de futuros estudios. Para Franco Jr,

O mito fundador dessa utopia, o mito do andrógino, é muito mais difícil de ser acompanhado nas suas manifestações medievais do que os mitos alimentadores das utopias vistas nos capítulos anteriores. Tal se deve à origem social da nossa documentação, quase sempre de elite, e sobretudo à origem sexual dela, produzida majoritariamente por homens em um ambiente machista e mesmo misógino (FRANCO JR., 1992, p. 81).

Como cuarto y último grupo de utopías, se destaca el mito de la que será para Franco Junior(1992) la Utopía del Paraíso, Utopía Matriz que bajo nuestro punto de vista más bien la del mito de El Dorado, quizás ya integrándolo en una suerte de refundición mitológica americana, de carácter generador, como se había apuntado. Directamente unido al concepto de Edén y al carácter predominantemente agrario de las sociedades europeas de la época, la utopía del Paraíso abarcaría las demás, en un lugar libre de pecado, injusticias y de abundancia, que

haría innecesario el vil metal. Sin embargo, preferimos apuntar como utopía generadora(y que termina englobando todas las demás) a la de El Dorado, precisamente por conseguir movilizar y fascinar no apenas a los creyentes cristianos o judíos, sino todos, materialistas o creyentes, letrados o no, como defendemos arriba en el cuadro motivacional de Sepúlveda.

Se concluye con Huberman que postula que el ejercicio de la imaginación es una actividad política, y defendemos en estas líneas que la utopía es el espacio secante entre las esferas imagética, política y del deseo. Imaginar es osar establecer conexiones inesperadas, proponer imágenes que, por tanto, critican el statu quo. "Una imagen siempre manifiesta un deseo, pero un deseo complicado por la memoria" (DIDI HUBERMAN, 2017, p. 1).

Así pues, se espera poder habido argumentar aquí acerca de la importancia de las utopías medievales en la configuración del Nuevo Mundo, y no apenas por parte de sus evidentes defensores, sino, y de modo principal y sorprendente, por sus propios y aparentes detractores, simbolizados aquí por el pensamiento materialista de Pomponazzi y Sepúlveda. Éstos, dotados ya de una visión y pensamiento político colonial/moderno, queriendo criticar las corrientes irenistas de fuerte influencia en el pensamiento humanista de la época, no pueden dejar de incorporar en sus tesis materialistas el concepto de utopía, aunque solapado y entrando sin permiso, como fundamental no solo en el pensar y actuar humanos, sino como materia fundamental de los sueños.

Referências

AÍNSA, Fernando. *De la Edad de Oro a El Dorado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

_____, *La utopía empírica del cristianismo social (1513-1577)*. In: América Latina: Palavra, Literatura e Cultura (vol I). Ana Pizarro (org.). São Paulo: Memorial; Campinas: UNICAMP, 1993.

CORDIVIOLA, Alfredo. *Um mundo singular*. Recife: PPGL-UFPE, 2005.

DIDI HUBERMAN, Georges. *Hacer una imagen es hacer un gesto que transforme el tiempo*. In: Telam Cables, Argentina. (acessado em 10/05/2017).

FRANCO JÚNIRO, Hilário. *As utopias medievais*. São Paulo: Ed. Brasiliense, 1992.

GRANADA, Miguel A. *Cosmología, religión y política en el renacimiento*. Ficino, Savonarola, Pomponazi, Maquiavelo. Barcelona: Anthropos, 1988.

JURADO-CENTURIÓN, Juan I. *Os Franciscanos na Nova Espanha*. Recife: Editoria UFPE, 2015.

MARTÍN RODRIGUES, Juan Pablo. *Juan Ginés de Sepúlveda, Gênese do Pensamento Imperial* (tese). Recife: PPGL UFPE, 2010.

SEPÚLVEDA, Juan Ginés de. *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. México: Fondo de Cultura Económica, 1941.

_____. *Historia del Nuevo Mundo*, introducción, traducción y notas de Antonio Ramírez de Verger. Madrid: Alianza, 1996.

Recebido em 28/08/2017

Aceito para publicação em 19/11/2017